

apoyado la novela se sintieron burlados y retiraron todo su apoyo al autor. No había habido en Francia escándalo literario parecido desde la publicación de "Las flores del mal".

Para apreciar "Escupiré en vuestras tumbas" hay que ser, desde luego, un degustador consumado de la novela negra; de esa novela delictiva, impregnada de cinismo y de violencia, que ha dado un impulso considerable a la narrativa americana

contemporánea. La anécdota se va desarrollando —como en este tipo de novela, que no es precisamente policíaca, aunque haya policías, ladrones y asesinos, sino que tiene mucho más que ver con la picaresca— de acuerdo con un esquema narrativo previsto de una manera matemática; Vian, que era un verdadero amante del género, debió estudiar con cuidado las novelas que más le gustaban, para extraer de ellas una

quintaesencia que tendría como componentes principales el erotismo y la violencia, y como factores estilísticos fundamentales el desarrollo lineal, a la vez embrollado y simple, de una historia que se apoya, casi más que en las peripecias que acontecen, en un ambiente y un lenguaje argótico singular, capaz de conducir —como en poesía, casi por el sólo valor de las palabras— a hallazgos de sorprendente valor literario, como ocurre en los

diálogos de algunas novelas de Raymon Chandler. Aunque se trata de una novela de encargo, escrita en pocos días, no debemos considerarla como algo separado del contexto de la obra de Vian; por el contrario, el sátrapa patafísico desarrolló en "Escupiré en vuestras tumbas" una faceta nada lejana de su gusto por el "jazz" y por el cine policíaco. América, vencedora en dos guerras europeas, estaba muy de moda en París, y Boris Vian era como una antena, extremadamente sensible al ambiente de su tiempo. En contra del crítico Jean Clouzot (3), no podemos juzgar la obra policíaca de Boris Vian —que publicó, después de ésta varias novelas más en la misma onda— como parte de un género menor, condicionadas por la necesidad de su autor de ganar dinero.

La trama de la novela es muy simple, en apariencia: un mestizo negro de los Estados del Sur, que goza de la ventajosa —en su caso— apariencia de un blanco, rubio y con ojos azules, desea vengar la muerte de su hermano, más oscuro que él, asesinado por racistas blancos. Su venganza se realizará a través del sexo: el negro-blanco seducirá, gracias a su aspecto, a dos chicas de buena familia, hará el amor con ellas y, por último, las matará después de revelarles su condición de "persona de color". Pero, bajo esta apariencia sencilla, hay un curioso juego especular, que revela la pasión de Vian por las matemáticas: mientras el protagonista es un negro travestido de blanco, el autor mismo es un blanco travestido de negro, un blanco-negro aficionado al "jazz". ¿No nos es lícito suponer que tras la venganza del protagonista se enmascara una burlona venganza del autor? Una venganza hecha según las reglas de la patafísica, a la vez burlona e inocente, despiadada y cándida: venganza contra los críticos, a los que presenta una obra genial atribuyéndosela a un negro fantasma en el que todos creen. Venganza sexual contra un público, al que obliga a un tiempo a gozar y a indignarse de su goce. Venganza inútil y divertida, como la que impulsó a Lewis Carroll, docto y moralista, a presentarnos sus más recónditas fantasías tras el espejo de Alicia, o como la que ejerció Alfred Jarry contra su profesor de Matemáticas de la escuela —y, por extensión, contra toda la maloliente burguesía— en "Ubu Rey". Un gesto de burla perfectamente bien planeado, como una jugada de ajedrez, como un poema.

(3) "Boris Vian". Ensayo que precede a una antología de sus poemas y canciones. Júcar, "Los juglares".

ADIOS A LAS LETRAS

Escritores intolerables

Los escritores viven como putas, siempre bajo la tolerancia. La frase, intolerable para las putas, fue pronunciada por José Agustín Goytisolo sirviéndose de la tolerancia del PSOE, que le permitió hablar como intelectual independiente en el congreso cultural del partido.

Los historiadores, en cambio, viven como ministros, comentaría Ricardo de la Cierva, empezando a calentarse su sillón del palacio de la Moncloa. "Moncloa", a secas, dice el presidente Suárez cuando va al extranjero.

Ahora, con Ricardo de la Cierva en la poltrona, aconsejándole a Adolfo Suárez si debe ver "Historia de O" o "Tigres de papel", si ha de ir al teatro acompañado de su esposa o de Abril Martorell, si ha de leer a Jorge Semprún o a Angel Palomino, a Pío Cabanillas sólo le queda aconsejar sobre los nombramientos de delegados provinciales de Cultura.

Tiene la tarea fácil, la verdad. Podría gularse por la lista de los que asistieron al acto de constitución del Pen Club español —"¿español, del Estado español, castellano? ¿Cómo lo llamamos?"—, aunque yo no me imagino a José Manuel Caballero Bonald, con esa seriedad vertical y andaluza, presidiendo una junta provincial de residuos de ojos locales. Tampoco me imagino a José Esteban abandonando sus tareas de flamante tesorero del Pen, para poner en orden la cultura en Segovia, pongo por caso. Rosa Chacel, que es la única mujer de la directiva, tampoco parece como muy apropiada para aceptar uno de esos puestos que ha de repartir Pío.

Quien ha perdido el puesto es José Agustín Goytisolo. Un hombre que se ha enfrentado de ese modo con las putas no merece una delegación de nada. Ahora

debía venir la venganza de los marginados. Me imagino, con gozo, a las putas poniendo la oración en pasiva y diciendo que ellas en realidad viven como escritores.

En medio de esta danza de locuras, hubo recientemente en Madrid un viaje al pasado que, a pesar de la edad, resultó liviano y fresco. Rafael Alberti, Nuria Espert, José Caballero y José Luis Pellicena subrayaron los cincuenta años del "Romancero gitano" de Federico García Lorca. Nuria recita a Federico como si no hubieran pasado esos años. Y Alberti dibuja el romancero como si no hubiera pasado por la Cámara de los Diputados vigilándole el marcapapas a Dolores Ibárruri. "¿Qué raro que me llame Rafael!", cuentan que decía el marinero en tierra sentado en su escaño, mientras duró allí. Por eso se marchó, antes de que lo enviaran a investigar cualquier cárcel de Granada.

Que no voy a Granada, declara Alberti. Que no vuelvo al PC, repitió Claudin en un local lleno de humo e ideas, presentando el recuento de sus problemas con Santiago Carrillo. "Sólo una vez contradijimos al secretario general", recuerda con nostalgia esta especie de franciscano comunista, que miraba incrédulo hacia los vasos de papel que agarraban en sus manos, más nerviosos que un polisario, Luis Yáñez y Javier Solana, los dos diputados del PSOE que le fueron a tirar los tejos.

Cuando Jorge Semprún presentó su "Federico Sánchez" fue Alfonso Guerra quien acudió a cortejar al ex PC. Esta vez el cortejo se hizo a dúo, pero parece que Fernando Claudin no tiene intención de volver a iniciar ningún diario de una nueva divergencia. Se queda viviendo como un escritor, aprovechándose de la tolerancia a la que, según Goytisolo, está condenado todo el que usa la pluma. ■ SILVESTRE CODAC.



Caballero, Alberti, Nuria Espert y Pellicena, en la presentación del "Romancero gitano", de García Lorca.